

AMORES QUE MATAN

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Amores que matan

Paula colocó de mala gana en su mochila los libros que necesitaría esa mañana, mientras desde fondo de la casa, en la cocina, su madre le sermoneaba con lo de siempre: que si se había cogido algo de almuerzo, que si se llevaba algo de abrigo por si refrescaba, que si llevaba el móvil cargado que nunca se sabía lo que podía pasar y que si llevaba dinero suficiente para el autobús. "*iEh...!, para-el-autobús, no para gastarlo en tonterías*".

¿Cómo podían ser las madres tan pesadas? Ya tenía 15 años, que no era una cría. Estaba harta. No sabía bien por qué, pero lo estaba. A veces odiaba a sus padres y a su hermano dos años menor que ella, porque siempre la estaba chinchando con la misma gilipollez ésa de que estaba continuamente en la inopia, y era que se habría enamorado, fijo. Qué coño se sabría él de eso.

Era consciente de que en su casa, sólo en su casa, estaba como amargada y que refunfuñaba por todo. Estaba deseando juntarse con las amigas que eran las únicas que la comprendían porque todas, más o menos, sentían lo mismo: los viejos, no entienden nada. Nada.

En ellas, podía confiar y eran como una piña. Bueno, menos en Marta que era una falsa. Y una creída porque los chicos sólo estaban por ella. Y lo malo es que las demás, también lo estaban. La admiraban, y necesitaban estar a bien con ella. Así que cuando discrepaban Paula y Marta, todas apoyaban a Marta que era la que lideraba el grupo, algo que nadie había discutido sino asumido como una cosa que era así, y punto. De modo que todas esperaban sus instrucciones para ver dónde se juntaban en las tardes del fin de semana, a qué hora y para qué.

A veces, Paula comentaba con alguna de las otras del porqué de ese liderazgo no pactado, pero todas callaban porque, realmente, ellas no sabían la razón del mismo. Tal vez, es que era una mandona algo borde, y nadie deseaba contrariarla porque, si no contabas con la ayuda de las demás, tendrías la batalla perdida. Y con su belleza, su melena lacia y larga hasta la cintura, llevaba todas las de ganar. Paula, no soportaba la actitud borreguil de las amigas, que sólo desaparecía en los ratos en que Marta, no estaba en el grupo.

"*¿Hacemos una coreo?*", que era en realidad una orden interrogada con el fin de que todas hicieran de comparsa para ella, cuando Marta sentía la presencia de un grupo de chicos ante los que exhibirse bailando. Y bailaba bien, encima. Y, a regañadientes, para no quedarse al margen del grupo de las amigas, Paula, acababa incorporándose al conjunto improvisado de

bailarinas en donde hasta la canción coreada, era la que Marta había comenzado a cantar. Y lo hacía bien, también. Tanta perfección de la líder, le sacaba de quicio: era, superior a sus fuerzas. Pero ahí estaba a lo que la otra mandaba, como las demás: a ver...

En esos ratos en que Marta se ausentaba del grupo, qué feliz se sentía Paula. Y, las otras, la aceptaban como a la segunda de a bordo, pero no porque mandara enfurruñándose como la líder, cuando no se hacía lo que ella quería. No. Ellas también la admiraban y la querían, y les parecía bien lo que les sugería, casi siempre con buenas ideas para pasarlo bien, o porque eran interesantes. Pero sólo sucedía cuando Marta no estaba.

Bueno, pues eso, que era lógica esa rabia que sentía en casa contra las normas de siempre, repetidas una y otra vez, y con las caras que ponía su madre cuando se elegía una indumentaria con tendencia a lo estrafalario, pero que era lo que a ella le gustaba y que sólo pretendía fueran señales para los demás de cómo era Paula, aunque pocos las entendiesen.

A su modo, se rebelaba a través de la ropa, contra todos. Y la medida de cuánto de buena era su rebelión, era el nivel de asombro y rechazo de su madre cuando la veía así ataviada. Nada que el tiempo no lo fuera a curar, como se cura un resfriado. El padre, más callado, movía la cabeza al verla, y se sonreía por dentro entendiendo lo que le sucedía, aunque deseando que se le pasara cuanto antes ese "resfriado". Otra ley de vida.

Esta era, un poco, la Paula que salía por la mañana, rumbo a la parada del autobús que le dejaba en la misma puerta de su escuela. Una rutina diaria que se cumplía, más o menos, cada día.

En la parada, casi siempre estaban las mismas personas, y algún que otro alumno de su mismo centro escolar con los que no se intercambiaban ningún saludo porque iban todos a cursos anteriores al de ella.

Llegó el autobús y se subieron la mayoría de los que esperaban en la parada. Entre ellos, un hombre de unos 35 años que se había quedado mirando a Paula todo el tiempo sin decir ni hacer ningún gesto y, ella, que se había percatado de esa insistente mirada, se cercioraba a cada poco, mirándole de reojo, para ver si seguía en esa actitud. Y sí, seguía sin quitarle el ojo de encima. Se sentía inquieta porque era un hombre mayor. Los chicos jóvenes no la miraban nunca, así. Inquieta, y... un poco halagada, también.

Una vez dentro, ella se fue para el fondo del autobús, con la mirada puesta al frente para que el hombre ése no notara el impreciso interés que, a Paula, él le había despertado. Cuando ésta se giró, se quedó muy sorprendida porque a pesar de que el autobús no estaba lleno, el hombre estaba junto a ella. Le dio un vistazo huidizo para ver si seguía mirándole y él, al cruzarse ambas miradas, le sonrió con superioridad. Paula, sintió

enrojecer sus mejillas y se le hicieron eternas todas las paradas que tenían que ir pasando hasta llegar a la escuela, donde quería refugiarse de ese momento que nunca antes había vivido así.

Durante la mañana, estuvo recordando al enigmático hombre mayor, con esa sensación ambigua que le producía, entre lo extraño y la atracción originada, que le tuvo despistada en la clase. Sus amigas, en el recreo, le notaron que estaba un poco rara pero, Paula, no se atrevió a contarles qué le había pasado, puesto que nada concreto le había ocurrido. Sólo, un hombre, un adulto, que le miraba. Insistente, eso sí. Lo malo es que le había gustado cómo le miraba y, eso, ni lo entendía ni sabía cómo explicárselo a nadie. Sus amigas estaban muy lejos de sentir algo así, como lo que ella estaba sintiendo.

A la salida, en compañía de otras chicas de la clase que cogían ese mismo autobús, se sintió más segura y capaz de mirar en los alrededores de la parada y de la puerta del colegio, por si el hombre le estuviera esperando para hacer de ella, el centro de su atención. Pero no, no estaba. Y de nuevo, la doble sensación de una cierta decepción al no hallarle, y la tranquilidad de que su vida seguía colocada en el mismo sitio.

Así que al final de la tarde, parecía que aquél suceso inacabado, se quedó medio olvidado en la recámara de Paula, para poder hacer frente a las tareas del colegio y de algunas que su madre le mandó hacer en casa, junto con su hermano. Mensajes con las amigas, ver un poco la tele, entrar en internet, cenar en silencio para no confraternizar con el enemigo disfrazado de padres..., y a la cama. Y en ella, de forma inquietante, le volvió la imagen del hombre mayor que sólo la miraba. Y ya no estaba tan segura si le gustaba.

"*Caramba, Paula..., ¿qué mosca te ha picado?*", le preguntó extrañada su madre al verla vestida de civil. Porque, de la equipación diaria de extravagante sin causa, había pasado a otra menos rompedora. De joven, también, sí, pero con más ganas de agradar con ella, que la de agredirse con la otra ropa que la defendía de los demás.

Y se sintió pillada en una contradicción consigo misma, y que como ni ella tenía muy claro por qué era..., pues optó por no responderle a lo de la mosca y que pareciera que fuese otro de esos cambios propios de una adolescente que busca su camino.

Así que, mejor, cogió su mochila y salió de casa un poco antes de lo habitual, para evitar nuevas preguntas de su madre quien, por fin, había alucinado para bien, al verla.

"*Buenos días..., Paula*", oyó una voz a su espalda, cuando estaba esperando la llegada del autobús. Se dio dos segundos de tiempo para adivinar de quién era esa voz que la había llamado por su nombre. Dos

segundos que dieron para rellenar, muy rápido, la ficha: "*Varón, mayor, tono neutro (ni cariñoso, ni seco) y no padre de ninguna compañera*". Al final, giró la cabeza y allí estaba el mismo hombre de ayer, que la miraba a los ojos, con una sonrisa dibujada desde lo alto. Y se sintió, pequeña y aturdida. Qué bien le hubiera venido la presencia de su madre para que decidiera por ella, lo que se debía de hacer y decir en un momento así.

Vaciló, dijo un "*hola*" casi inaudible, y se volvió hacia adelante como si aquello no fuera con ella. Y el autobús, que no venía, ni hoy estaba en la parada ningún otro compañero de clase con el que enmascararse. Así que se quedó ahí, petrificada, mirando hacia los costados con sólo el movimiento de sus ojos para ver qué veía. Pero ni le vio, ni le volvió a oír, ni le sintió más cerca. Aunque sí le imaginaba casi pegado a ella. ¿Qué haría si el autobús venía lleno, y ella no podía evitar ese contacto forzado? Otra vez, algo parecido a una raro deseo, se le pasó por su mente.

Cuando el autobús llegó, subieron, pero no iba lleno. Había asientos libres, aunque Paula decidió no sentarse y se quedó agarrada a una de las barras que subían hasta el techo. Tenía la cabeza baja como para no ver, pero sí que vio sus piernas y sus pies, cuando él se paró frente a ella.

"*He venido para verte, Paula. ¿Te molesta...?*". Ella, siguiendo con la cabeza baja, la movió hacia los lados, apenas, indicándole que no, que no le molestaba que hubiera venido sólo por verla. "*Te queda muy bien ese conjunto que llevas: que sepas que estás muy guapa ¿lo sabías?*". De nuevo, otro gesto como el de antes, le indicó que no sabía que sí lo estuviera. No era verdad, porque ella se lo había puesto para él, por si se veían.

"*¿Cómo sabes mi nombre...?*", se atrevió a preguntarle, ya que le tenía intrigada cómo lo podía saber, aunque sin mirarle a la cara cuando le hizo esa pregunta.

"*Yo sé muchas cosas de ti, Paula. Muchas cosas: dónde vives, quiénes son tus padres, quiénes tus amigas, a dónde vais los domingos... Cuando alguien me interesa..., me preocupo por saber de esa persona*". Su voz sonaba tranquila, relajante pero destilando, a la vez, dominio. "*Y aunque nunca te he llamado ni mandado ningún mensaje, también sé tu número de teléfono. Ya ves, cuánto me he preocupado por saber de ti. Bueno, te toca bajar en esta parada... ¿querrás que una tarde, cuando salgas de la escuela te invite a tomar un helado? Muy cerca de aquí, hay una heladería muy buena. Eso sí, esto... tiene que ser un secreto entre tú y yo ¿lo entiendes..., no?*". Al terminar de decir esto, el autobús paró y las puertas se abrieron. Ella, asintió con la cabeza a las dos preguntas.

"*¿Cómo te llamas?*", le preguntó Paula, y le miró a los ojos. Aunque era

mayor, también era atractivo.

"Alberto; para ti..., Alberto. Te mandaré un whatsapp esta tarde para que sepas mi número de teléfono. Recuerda...: sólo, entre tú, y yo".

"Vale", le contestó Paula, cuando ya bajaba del bús. Y, no atreviéndose a decir nada más, se metió en el recinto de la escuela sin percatarse de ninguna de sus compañeras que entraban a la vez que ella. Respiró hondo..., y sintió que estaba asustada porque aunque no podía ni quería decirle que no, desconocía en dónde se estaba metiendo.

La tarde, llegó, y seguía viviendo ajena a la realidad que le rodeaba, como en las horas en clase, y en el patio, con sus amigas. Las oía hablar de las cosas habituales, de qué habían hecho, de dónde habían estado, de qué querían hacer..., pero Paula no se enteraba más que de lejos. Decía sí o no, apenas, cuando algo sobre lo que estaban comentando, le preguntaban.

Ella, sólo deseaba llegar a casa y, sin decir a su madre qué le estaba pasando, deseaba encontrar su abrazo, sentir su protección y su calor, porque tenía miedo del whatsapp que Alberto le iba a mandar, que sería sólo el primer eslabón de una cadena que le iría rodeando para cambiarle su vida, que tal vez no fuera tan de mierda como ella creía. Y el miedo le iba en aumento, pensando en que él sabía todo de ella pero, ella, no sabía nada del hombre mayor aquél, del que sólo conocía que para Paula era, Alberto.

¿Desde cuándo era Paula el centro de atención de ese hombre? ¿La seguía por las calles? ¿Seguía al grupo de amigas cuando estaban todas juntas y conocía lo que hacían? ¿Y cómo podía saber el número de su teléfono, además de su nombre? Tal vez, a través de su cuenta de Facebook, saltando de una cuenta a otra, había llegado hasta ella y tendría también sus fotos. Sus fotos... Y se acordaba de aquella foto que le mandó el año pasado a aquél chico tan guapo del que se enamoró y que le pedía insistentemente una foto suya desnuda, hasta que la consiguió. Sólo de espaldas, sí, hecha en el cuarto de baño contra el espejo del lavabo. Pero de aquél chico que conoció en Peñíscola, ya no había vuelto a saber nada, y le tenía ya olvidado. Ahora, recordaba de nuevo a aquél chico y aquella foto. Y se echó a llorar angustiada porque un mundo de adultos se le había venido encima, de repente.

Paula, estuvo toda la tarde pendiente de su móvil, y de cada whatsapp que a él iban llegando..., pero que sólo eran de sus amigas. Cada "clink" que oía, se le aceleraba el corazón pensando que era Alberto que le mandaba su número de teléfono, de esa manera. Pero pasaba la tarde y no llegaba ningún mensaje que le indicara que era el suyo. ¿Deseaba realmente que llegara? Si no le llegaba, se sentiría decepcionada y, a la vez, aliviada porque tampoco sabría de qué hablar con un hombre como

él. Con los chicos de su escuela, era diferente y tampoco pedían cosas fuera de la común. Uno, que le decía que le gustaba, que era guapa, o que si tenía tal libro que tenía que leer, excusas en su mayoría, para ligar con ella. Pero al día siguiente, en clase, nunca la miraban desde arriba, como lo había sentido con Alberto. Sólo eran como ella, o menos, porque las chicas les eran aún un terreno desconocido. A los que tenían 16 o 17 años de las clases siguientes, sí que se les veía más seguros de sí mismos, sobre todo si estaban en grupo. Pero, a solas..., ellas y ellos..., no eran nadie.

El día acabó y se fue a la cama dejando el móvil en su mesilla, por si acaso. Pero no pasó nada y, tampoco, desde que salió de casa rumbo a la escuela. Nada en la parada, nada en el autobús, ni nada en la puerta de entrada al colegio. ¿Se lo habría pensado mejor y la habría olvidado? Tampoco tuvo noticias de él, en los dos días siguientes. Así que ya casi daba por perdida esa experiencia que iba a ser tan especial y diferente de lo que a sus amigas les pasaba, resignándose a lo cotidiano entre adolescentes.

Al salir de clase, el jueves, sonó su teléfono y vio en la pantalla un número de teléfono desconocido, aunque no era de móvil. Dudando, aceptó la llamada:

"D... dígame...", dijo casi sin voz.

"Hola..., Paula, ya pensarías que me había olvidado de ti, ¿no?", se oyó la voz de un hombre que era la de Alberto. Y de nuevo, la flojera se le apoderó de sus piernas. "Supongo que sigues aceptando mi helado..., ahora, si no tienes algo urgente que hacer..." y calló, en espera de la respuesta de Paula.

Ésta, hizo una búsqueda rápida de excusas para decir que no, pero se le pasó el tiempo prudencial que había para eso y, no teniendo ninguna a mano, le dijo que sí.

"Bueno, pues yo, estoy sentado en la terraza de la heladería ésa, que está cerca de tu escuela. ¿Ves, al final de esta calle ancha que se ve cuando sales, en que hay un letrero luminoso de una farmacia. Lo ves...? Pues hace esquina. Pasas la farmacia, giras a la derecha y esa es la calle Espronceda. Nada más que gires, está la heladería y yo, sentado en una de las mesas. ¿Vienes pues...?", le insistió.

"Vale..., ya voy, pero tendrá que ser poco rato porque mis padres, si no, se preocuparán si tardo. Y tendré que decirles a mis amigas que tengo que ir a hacer un recado y que por eso no voy con ellas de vuelta a casa..." , le añadió Paula con esa voz dubitativa que le salía ante lo desconocido. Ella, que hasta ahora se había contentado con no dejarse gobernar y jugar a rebelde, se iba a meter en una historia que la obligaría a convivir en la

mentira con todos, y continuamente, porque no sabía cómo decirle que no a, "para ella", Alberto.

"¿Por qué no podía decirle que no?", pensaba Paula mientras caminaba como una autómatas hacia la dirección indicada, si tenía miedo de ir a su encuentro. Había mentido a sus amigas para no acompañarles como cada tarde, y tendría que mentir en casa de porqué había llegado más tarde de lo habitual, con la esperanza de que sus amigas, sin querer, no metieran la pata en alguna conversación con la madre como que esa tarde no habían estado con ella en ningún parque, hablando con chicos, como pensaba decir en casa.

Y sí, aunque sentía miedo en esa cita con un hombre mayor, también sentía atracción por lo que representaba que ella fuera un objeto de deseo para él. Era la señal de que ya era un mujer y por eso a ese hombre, Paula, le gustaba. No sabía todavía que el atractivo para Alberto, era..., precisamente, el que aún no lo fuera.

Paula, sí que se miraba cada día en el baño, tras la ducha y contemplaba su cuerpo desnudo para comprobar si tenía algún defecto que ocultar a los demás, pero sólo veía que ya tenía todos los atributos de una mujer, y más abundantes y perfectos que los de sus compañeras, incluida la repelente de Marta, aunque no tuviera el éxito que la otra tenía con los chicos; porque su amiga, sí que necesitaba gustar a los demás, a ellos y a ellas, aunque a cada grupo de esos, de distinta forma. Paula había optado por ir disfrazada siempre de erizo pinchudo, así que los chicos no se atrevían a acercársele para tantear las posibilidades con ella, de modo que sólo conseguía sus bromas.

Y caminando, se sonrió victoriosa imaginando que les había ganado a todos y a todas, porque un adulto se hubiera enamorado de ella, dándole un valor que todos los demás ignoraban, por no saber mirarle bajo sus falsas púas defensivas.

Volvió la esquina de la farmacia y, a pocos metros, allí estaba la terraza que Alberto le había indicado y él, sentado en una de las mesas. Al verle, su corazón empezó a latirle con fuerza y no pudo evitar, antes de saludarle, echar un vistazo rápido a su propio reflejo sobre el cristal de la ventana grande del bar donde, en conjunto, se dio un aprobado. Tampoco esa imagen sobre el cristal ahumado de la ventana, daba para analizar detalles.

"Hola, guapa... ¿cómo estás?", le dijo el hombre mirándole fijamente a los ojos y sin moverse de la silla. "Va, siéntate y dime qué quieres tomar. Yo, estoy tomándome un granizado de limón con vodka... ¿te animas? O prefieres un helado. Igual eres aún muy joven para tomar alcohol, o tus padres no te dejan", forzando un reto a la mujer que ella quería

aparentar, mientras le dibujaba una sonrisa maliciosa al hablarle.

"*Hola*", dijo Paula al sentarse. Seguro que los de las mesas de alrededor imaginaban que esa pareja eran un tío que invitaba a su sobrina a tomar algo. Para padre de ella, él era un poco joven. En realidad, nadie parecía reparar en la presencia de ambos.

"*Es que me apetece más un helado...*", dijo como disculpándose por no tomar algo más propio de adultos. "*De chocolate, si puede ser*". Y siguió, por borrar su imagen de adolescente ante Alberto: "*Los fines de semana, con los amigos, sí que tomamos alcohol cuando hacemos botellón en el parque. Lo que mis padres digan, me da igual. Y nos fumamos unos porritos para animarnos*". Así que..., que no se fuera a pensar que era tan cría.

"*¿Y ya está...., eso es todo lo que hacéis en el parque...?*". La respuesta se interrumpió porque llegó el camarero a tomar nota de lo que la muchacha iba a tomar. Miró a Alberto y le dijo: "*Tomará algo..., la niña?*". Un rubor de enojo, pintó las mejillas de Paula, al oírle llamarle de esa manera.

"*La señorita desea un helado de chocolate negro, que es menos dulce*", dijo Alberto mirándole a ella para comprobar que estaba bien el matiz y ella, le devolvió una mirada de asentimiento porque veía que a los mayores, les gustaba más ese tipo de chocolate. A ella..., igual le hubiera gustado más el chocolate de siempre. Pero sí, estaba bien así.

Al poco, el camarero volvió con una copa baja de cristal y tres bolas de helado de chocolate negro dentro, adornadas con virutas de chocolate natural y unos barquillos clavados en el helado.

Paula, con la cucharilla, comenzó a comer el chocolate y, Alberto, le preguntó:

"*¿Cómo está, Paula...?*"

"*Ummm..., está muy bueno, sí, mucho mejor de lo que esperaba. ¿Quieres probarlo? Aunque sólo tengo esta cucharilla, si no te importa*", dijo ella.

"*Bueno, mejor, así probaré el sabor tuyo, también*", dijo él y abrió la boca para recibir una cucharada del helado de Paula. Lo saboreó mientras le miraba fijamente y sentenció:

"*Está más rico que mi granizado. Si lo llego a saber, me pido uno...*", y volvió a repasar con su lengua, la cucharilla, simulando que buscaba restos de chocolate en ella. "*Lo malo es que ahora, no tienes otra cucharilla más que ésta. ¿Quieres que le pida otra limpia al camarero?*", le

preguntó a Paula, en ese juego de seducción que ya habían comenzado, aunque la chica no calculaba el alcance de lo que suponía jugar a eso. Así que sólo movió la cabeza para decirle que no, que no hacía falta cambiar la cucharilla.

Después de un corto silencio en que ella comía el helado sin mirarle a la cara, él, le preguntó:

"¿Y qué tal por el cole..., ya tendrás novio, supongo, siendo así de guapa, no...?"

"No..., son unos críos. No piensan más que en jugar y en hacer el gamberro. A las chicas, ni nos hacen caso. Bueno, a mí me da igual porque me gustan más mayores, pero a mis amigas, que no hacen más que arreglarse por llamar su atención..., se desesperan. No a todos, claro, sólo a alguno de los que les gustan", le contestó Paula.

"Así que te gustan más mayores..., ¿eh? ¿Tan mayores..., como yo, por ejemplo?", le preguntó con esa sonrisa de superioridad con la que le hablaba y miraba todo el tiempo. Ella, le miró y esta vez le aguantó la mirada mientras relamía la cuchara a pesar de que el chocolate ya se le había acabado.

"No sé..., no me planteo cuántos años tiene que tener un chico para que me guste, sólo pido que sea adulto, más adulto que yo. Y que no se deje dominar por mí, porque es lo que me sale, sin querer. Así que la mayoría, cuando saco mi manía de mandarles, o se van..., o se dejan dominar. Para eso, prefiero que se vayan. Cuando me preguntan ¿qué hacemos hoy...?, ya no me gustan. Tengo ganas de encontrar a alguno que me diga qué hay que hacer, y que eso que me propone como la mejor de las opciones..., que me guste.

A veces, cuando a chicos muy guapos de clase que mis amigas darían cualquier cosa por salir con ellos, les mando a casarla porque tienen miedo a contrariarme y son capaces de hacer cualquier cosa que yo les diga para tenerme contenta..., ellas, alucinan. Y, encima, cuanto más se desviven por agradarme, más me separa de ellos esa actitud", acabó diciendo ella, con un gesto de resignación por esa forma suya de ser, tan incomprensible hasta para la propia Paula.

Alberto le escuchaba muy atento y sorprendido, casi más porque la imagen exterior de ella, iba pareciéndose más de lo esperado, con su forma de ser que le contaba. Y eso, le motivaba más para seguir con los planes que tenía pensados..., y le excitaba.

"¿Sabes qué..., Paula? Eres un melocotón muy jugoso, aunque la parte dulce de ti, está un poquito más adentro de la superficie que muestras. Y esa parte dulce es la que quiero que me des. ¿Te crees capaz o prefieres

esperar a madurar un poco más? A mí, ya me gustas así, tal cual. Por eso me he interesado tanto por ti. ¿Qué opinas?". Al decir esto, pensó que igual estaba corriendo demasiado y que la pieza, así presionada, podría salir corriendo porque, a fin de cuentas, era sólo lo que a él más le gustaba: una niña.

Y algo de razón sí que debía de tener porque ella se sintió un poco azorada con esas insinuaciones que le gustaban pero no sabía cómo manejar. Le hacían sentirse atractiva, tanto, como para hacer perder la cabeza de ese hombre que, igual, hasta podría estar casado. Al final, su inseguridad le llevó a decir:

"Es tarde..., tengo que marcharme ya, que mis padres se empezarán a preocupar si ven que tardo demasiado...". Y cuanto más desvalida veía a esa niña-mujer, más firme era el propósito de Alberto de seguir adelante, convertido en un cazador en plena excitación ante la pieza que tenía delante.

"Vale, te llevo a casa. Tengo el coche aparcado ahí mismo y en diez minutos te dejo cerca de tu puerta. Y no, no me digas que no, que no me cuesta nada acercarte", y se puso serio para decirle que le hacía ese favor.

Paula, hubiera preferido haberse ido a casa en el autobús pero no supo decirle que no a eso, cuando sólo era una galantería por su parte. Pero algo, no estaba saliendo como ella quería. O tal vez no fuera sólo algo, sino todo.

Así que anduvieron un poco y llegaron a un grupo de coches aparcados. Él, se detuvo ante el que debía de ser el suyo, que era un modelo antiguo y mal cuidado. En el interior, todo era desorden y suciedad, que no cuadraba con la imagen personal de Alberto, tan atildado. Botellas de licores vacías en el suelo, ropas viejas, latas de cerveza consumidas y restos de snacks y sus bolsas, repartidos por los asientos y el suelo. Cuando vio la cara de la chica, dijo:

"Nada, que se lo dejé a unos amigos y me lo devolvieron ayer, en este estado. Y no me ha dado tiempo a limpiarlo. Aparta un poco lo del asiento, que nos vamos".

Eran las ocho de la tarde, y Lola, la madre de Paula, se empezó a preocupar cuando vio que su hija, aún no había vuelto del colegio. Solía llegar a las seis, habitualmente, porque salía a las cinco de la escuela.

"¿Tú sabes si Paula tenía que ir esta tarde a algún sitio, a la biblioteca, o con las amigas?", le preguntó a Carlos, su hijo, nerviosa perdida. "Es que le estoy llamando al móvil, y me dice que lo tiene apagado o fuera de cobertura. Como es tan despistada..., igual se ha quedado sin batería. Pero me hubiera llamado con el teléfono de alguna de sus amigas, supongo".

Carlos, le dijo que no sabía nada, ni le había comentado nada de que fuera a llegar más tarde. Él fue el que le sugirió a la madre, que llamara a alguna de sus compañeras, porque también le pareció extraño.

Así que aunque esperó unos minutos y se asomaba, a ratos, al balcón para ver si le veía venir, al final se decidió hacerlo. Tenía miedo de que las amigas no supieran tampoco nada de dónde pudiera estar.

"Hola, María, que soy la madre de Paula. Es que, son casi las ocho y veinte, y aún no ha llegado a casa. ¿Está ella con vosotras, o ha dicho que tuviera que hacer algo esta tarde?", le preguntó a esa amiga.

"No..., no está con nosotras. Ya estamos todas en casa y, ella, nos ha dicho que no se quedaba un rato como todos los días al salir de la escuela, porque tenía que hacer unos recados. Hemos supuesto que sería algo que le habríais mandado comprar, porque no nos ha dado más explicación", y se lo dijo a la madre con un tono un poco angustiado. "La verdad es que lleva unos días que está un poco rara con nosotras, casi no nos habla y parece que esté pensando en algo que le preocupe", terminó.

"¿No será que sale con algún chico?", preguntó Lola que no entendía que se pudiera haber ido y no llamar para decirle que enseguida llegaba.

"Yo creo que no. Esas cosas, a mí, siempre me las cuenta. Y se le nota enseguida porque o está muy alegre, o muy deprimida, según le vaya el día ese. Voy a intentar localizarle, a ver si a mí, sí me contesta. Cuelgo, y te llamo con lo que sea. No te preocupes, yo creo que no será nada ¿qué le va a pasar, mujer...? Te llamo en dos minutos". Y colgó. María, era una chica muy sensata. Luis, el padre de Paula, escuchaba en silencio las palabras que su mujer le iba diciendo a la chica, y miraba asustado la cara de preocupación que ella ponía al escuchar a esa amiga.

Tardó un poco más, pero volvió a llamar.

"Pues no, tampoco a mí me coge el teléfono. He estado hablando con alguna otra de nuestro grupo, y ninguna sabe nada, tampoco. Jolín, sí que es raro en ella. Es un poco rebelde, pero también es juiciosa. Y en el grupo la queremos mucho, porque es buena...". Sus palabras de alabanza, le sonaron casi a un consuelo de funeral, pero se las agradecía.

"Vale, cariño, gracias. Cuando sepamos algo, ya te llamaré porque no te quedes preocupada. Pero es que son las nueve menos cuarto... le ha tenido que pasar algo, no nos iba a tener con esta angustia. Un beso. Yo te llamo, no te preocupes, anda". Colgó y se echó a llorar. Su marido, se abrazó a ella y le dijo:

"Si a las nueve, no sabemos nada, llamamos a la Policía, a ver qué nos dicen. Espero que no nos digan eso de que no nos preocupemos, que todos aparecen al final porque son cosas de adolescentes. Porque Paula no es como las demás chicas de su edad, que es más madura, no me jodas".

La casa se quedó en silencio, atentos sólo a los móviles de los tres que seguían callados, y a las idas y venidas del ascensor, aunque ninguna vez paró en su planta. El reloj fue avanzando hasta que marcó las nueve.

"Vale, llamo al 091 a ver qué me dicen. Anda, antes..., prueba a llamarle otra vez, a ver si ahora sí contesta, por casualidad". Lola llamó de nuevo a su hija pero, ésta, no contestó.

Luis, llamó sin más dilación a la Policía y éstos, se tomaron interés desde el principio, ya que le dijeron que cualquier tardanza inexplicable, y más, en un menor, que era mejor denunciarlo cuanto antes y pecar por exceso de temor, que por defecto de confianza.

Acudieron un poco más tarde a la Comisaría de la Policía, con algunas de sus fotografías más recientes hechas con sus móviles, con ropas de Paula, su cepillo de dientes y del pelo, por si tenían que cotejar el ADN, bueno, y todos los datos de ella, de su móvil que sí llevaba encima y de qué ropa vestía cuando salió de casa. Era algo que se hacía siempre en todos los casos como un protocolo de actuación obligado aunque, para tranquilizarles, también les dijeron lo de que en el caso de adolescentes, en un altísimo porcentaje, volvían ellos solos a casa, después de protagonizar alguna fantasiosa fuga por amor.

Pero para Lola y Luis, las estadísticas, por esta vez no les servían, aunque quisieran agarrarse a ellas.

Naturalmente, a medida que se iba corriendo la voz de la desaparición de su hija, familiares, amigos y padres de otros alumnos de su clase, les llamaban para interesarse y darles su apoyo *"para lo que hiciera falta"*, que no sería mucho más que llenar las farolas y fachadas con los pasquines habituales que se ven cuando alguien o alguna mascota, desaparecen. La eficacia no sería mucha porque suelen concentrarse en una zona muy reducida de la ciudad, pero sentir el apoyo de todos en esos momentos, servía de bálsamo para el sufrimiento que los padres, hermano, abuelos y demás familiares cercanos estaban soportando en tan angustiosas horas. La terrible pesadilla real, se acababa de poner en

marcha.

Eran ya algo más de las doce de la noche y, Alberto, miraba sin excesivo interés las noticias últimas que daban los telediarios de las diferentes cadenas, que atendían sólo a las disputas políticas del parlamento, a la detención de otro alto cargo de un ministerio, también acusado de corrupción, y que EE.UU y sus socios en el Pacífico, se habían embarcado en unas nuevas maniobras navales, para coordinar su respuesta armada en caso de agresión.

El salón donde él estaba, era como una prolongación de lo que Paula se había encontrado en su coche al subir en él: desorden, suciedad, y abandono, que era a su vez una prolongación de lo que Alberto era por dentro, aunque no lo pareciera.

Tenía abierta una caja enorme de pizza que le habían traído hace un rato ya, y la comía mientras recorría las diferentes cadenas para ver si en alguna se estaba dando la noticia de una joven adolescente que había desaparecido por causas desconocidas. A su lado, dos latas de cerveza vacías y algo aplastadas, acompañaban a la que tenía a medio consumir.

La casa de Alberto era una vivienda unifamiliar, de las de cuando hace setenta años se llamaban chalecitos, con un jardín todo despeinado a la entrada. La había heredado de sus padres, así como una importante cantidad de dinero, cuando estos fallecieron al incendiárseles el coche estando aún en el garaje, al girar el padre la llave de contacto para arrancar su motor. Un desgraciado accidente, al decir de todos. De eso, ya iba a hacer casi diez años, y la casa aparecía sumida en el abandono. Estaba situada en un barrio formado por casas parecidas, separadas unas de otras y alineadas a lo largo de la calle principal, que separaba las de una acera, con las de la acera de enfrente.

En su momento, fue una zona del ensanche lujoso de la ciudad, pero el tiempo había ido dañando a edificios y a sus habitantes, la mayoría, ya muy mayores. Reinaba un silencio en la urbanización, porque pasaban pocos coches y ningún niño.

Alberto fue un hijo mimado, poco responsable y tímido. A los 18 años, se negó a asumir la mayoría de edad porque lo tenía todo a cambio de nada. Sus padres confiaron, hasta su muerte, que bueno, que ya maduraría y que, en todo caso, de hambre, con la pequeña fortuna que poseían y le dejarían, no se iba a morir. No contaban con que le faltasen tan pocos años, para heredarles.

Miró la pizza que aún quedaba sin comer, mientras daba un bocado al trozo que tenía en la mano, y pensó que tal vez a Paula sí le apeteciera ya, y a pesar de todo, comer y beber algo. ¿Por qué él era incapaz de sentir compasión por los demás, pensó? En realidad... ¿qué era eso de sentir compasión y ponerse en el lugar del otro? No recordaba haberlo sentido nunca. Él siempre elegía entre aquello que le convenía o lo que no le convenía. Lo que le gustaba, o lo que detestaba. Lo que le excitaba, o lo que le era indiferente. Sobre esos blancos o negros sin matices intermedios, giraba su vida hasta ahora. Así que lo de dar de comer y beber a Paula, no era porque él imaginara su hambre y su sed, sino porque quería conservarla. Más o menos bien..., pero conservarla. ¿Qué haría ahora, ella? Sintió curiosidad y, con las nuevas tecnologías, era muy sencillo.

Buscó en el mando de la televisión el botón adecuado, y el canal que estaba sintonizado desapareció de la pantalla entrando uno nuevo, de baja calidad, casi sin colores y en él se veía el cuerpo acurrucado y desnudo de la chica. Estaba como en un pozo, que sólo era un aljibe inutilizado como tal, que sus padres habían mandado hacer para contener agua, y solventar así los cortes de suministro que en aquellos años eran muy frecuentes en esa barriada nueva. Con el tiempo, desaparecido ese problema, el aljibe se quedó sin uso. Así que como unas gruesas tapas metálicas lo cubrían, quedaba bajo el suelo del garaje. Y ahora, ya, de vez en cuando, sólo lo utilizaba como zulo, con cámara incluida y una luz que permanecía constantemente encendida, cuando el zulo ése permanecía ocupado.

Paula estaba inmóvil y ya no parecía ni que llorase, ni que suplicara, ni nada. Tal vez, ya se había rendido y aceptaba que estaba en sus manos, para mal, o para muy mal. Pero Alberto, tenía experiencia en estas cosas y sabía de las estrategias a la desesperada de las otras chicas que habían pasado antes por su misma situación: pedir auxilio..., pedir piedad..., resistirse..., acceder a todo..., llorar..., y maldecir. Toda una pérdida de tiempo..., para ellas. Y se sonrió al pensarlo porque, él, odiaba a esas adolescentes que ya apuntaban maneras de mujer, y que llegarían a serlo si no se les ponía remedio.

Le vio moverse bajo la luz agrisada de una bombilla enrejillada dentro de una pequeña hornacina en una de las paredes del aljibe reconvertido en prisión, aunque sin poder separarse mucho de donde, de su muñeca derecha, estaba esposada a una tubería que sobresalía de la pared. No es que el suelo sobre el que se hallaba sentada hecha un ovillo, ya estuviera muy limpio, pero, joder..., pensó él, podría haberse aguantado un poco y no haberse hecho todo encima, aunque fuera por miedo. Tan seguras de sí mismas que parecen y, luego, no valen una mierda. Esa era la conclusión que Alberto sacaba.

Cogió una botella con agua y un trozo de pizza y bajó al garaje. *"Tengo que ordenarlo un día de éstos"*, volvió a pensar por enésima vez, como siempre que en él entraba. Su coche, ni sabía que hubiera un garaje en la casa, porque vivía bajo un cobertizo de tablas resacas en la parte posterior del edificio. Se acercó a las chapas que tapaban el zulo, quitó una barra metálica que las atrancaba y levantó una de ellas: un hedor, que ya era muy anterior a Paula, subió hasta él.

"No..., por favor..., no me hagas nada malo otra vez...; sólo, dime qué quieres que te haga, y te lo hago. Por favor..., por favor...", le rogó al verle cuando la tapa la levantó, y se echó a llorar sin poder evitarlo.

"¿Qué pasa, putica... te ha parecido poco lo de antes..., no...? Al final, sois todas iguales: no queréis..., no queréis... y os morís porque os follemos, ¿a que sí? Tómate esta estancia en mi casa... como una experiencia de enriquecimiento sexual y, si te portas bien, aprendes y superas a las anteriores a ti..., igual, hasta te perdono la vida. No sabes el partido que le sacarías a tu vida después, con todo lo que te voy a enseñar. Pero soy un maestro muy exigente y estricto. Hasta ahora..., ninguna me sacó buenas notas: qué lástima. Y no vale lo de enamorarse del profesor ¿entendido...?".

Una carcajada de él, acabó la conversación. Le echó el trozo de pizza y la botella del agua, dentro, y se despidió de ella:

"Hasta mañana, Cielo. Descansa hasta las siete, en que vendré a despertarte para iniciar las clases. Verás cómo esto que vas a aprender es más divertido que la geografía. Si le pones interés, claro, porque si no se lo pones..., papi será malo..., malo. Y que sepas que siendo malo..., papi ..., también se lo pasa muy bien. Ciao..., amore". Cerró de nuevo la tapa abierta, volvió a colocar la barra que las bloqueaba y se subió silbando hasta la planta calle. Ni se enteró de los gritos de ella, ni de sus lloros pidiendo que, por favor, le dejara marchar.

La Policía estaba en marcha ya. Esta desaparición se parecía demasiado a otras que estaban pendientes de esclarecer. Chicas adolescentes de diferentes partes de la ciudad y de las que de ninguna se tenían noticias.

El plan era, además de mandar a todos los medios (cadenas de TV, principalmente) la fotografía de Paula Vilella Ramos, 15 años, española, blanca, pelo corto, morena... y todos los demás datos de identificación para obtener el mayor número de pistas posibles, había que rastrear las llamadas y mensajes del teléfono de la chica, y las cámaras de las calles adyacentes a su escuela, para ver qué había hecho desde que había salido de ella, a las cinco de la tarde. También, hacer un muestreo de en qué

antenas de telefonía había quedado grabada su geolocalización. Era la cuarta chica que había desaparecido en un año y medio, desde la primera que tenían aún sin resolver. Y no podía ser. Los jefes, les apremiaban para que dieran con el paradero de ellas, o de sus restos, y detener al culpable. Se daba por hecho que era cosa de una sola persona, y varón. Le asignaban un perfil de mediana edad y que vivía solo. Pero bueno, sólo era un punto de partida. No imaginaban a un señor de 90 años, metido en eso, por ejemplo. Raptar, y hacer desaparecer a una persona sin dejar rastro, no estaba al alcance de cualquiera.

Otro dato a tener en cuenta era que en ninguno de los cuatro casos, el rapto hubiera sido con violencia conocida, como si las víctimas hubiesen colaborado de alguna manera. Así que, estimaban que culpable debía de ser alguien atractivo para ellas. Mediana edad, tirando a joven, que debería de tener un lugar en el que tener retenidas a las chicas, así que descartaban a los muy jóvenes, para algo que suponían realizados todos por la misma persona.

En el teléfono de Paula, se habían recibido varias llamadas de teléfono y mensajes de whatsapp, pero todas procedentes de otros teléfonos de su entorno familiar y de amistades. Excepto la última llamada, que se había hecho desde un teléfono público, de las pocas cabinas que aún quedaban sin eliminar, y que no estaba lejos de la escuela. Esa era una pista importante, junto a lo grabado por las cámaras próximas a esa cabina y en esa hora. Con suerte, podrían seguir analizando el recorrido del teléfono, hasta que en algún momento, alguien, el raptor, posiblemente, se lo hubiera apagado o lo destruyera.

El inspector Ochoa, tenía un pálpito de que ese secuestro iba a ser el último que esa persona cometiera, y que pudieran llegar a tiempo para rescatar a Paula, sin daño. A ella, al menos.

En la revisión de las cámaras de seguridad de la zona próxima a la escuela, en dos de ellas situadas sobre una farmacia que hacía esquina y que había tenido varios atracos en poco tiempo, se veía caminar en esa dirección, a la joven. Rebase una de las cámaras y, a continuación, gira en la esquina y le sigue tomando la otra cámara. A partir de ahí, en el resto de cámaras de la zona, ya no aparece en su caminar. Las antenas de telefonía, la detectan detenida en ese entorno un rato y, al poco, se aprecia que el móvil se mueve, pero por la velocidad en que de una antena es captada por la siguiente, tiene que ir en un coche.

La policía investiga el entorno de la farmacia, ven la cabina telefónica, y un par de terrazas de bar que no son captados por ninguna cámara, e indagan en ellos. Como casi ya no se usa esos teléfonos públicos, confiscan el aparato para obtener de él huellas dactilares y hasta ADN, porque desde la llamada realizada en esa cabina, no habían pasado ni 24 horas. Toda prueba para llegar hasta el sospechoso y poder

incriminarle..., serían pocas.

Ante la foto, sí, el camarero que les atendió esa tarde, sí cree recordar la cara de Paula y que estaba acompañada por otro hombre. Es verdad que le chocó la diferencia de edad entre ambos y dio por supuesto que serían familiares. No pasó nada especial en ese rato que estuvieron sentados allí y al poco, se marcharon. Si acaso..., la forma en que el hombre miraba a la chica. Así que mientras recogía el camarero la mesa que habían dejado, sintió curiosidad y les miró alejándose hasta que le pareció que se metían en un coche aparcado, que podría ser un Renault Mégane, viejo, de ésos que ya no se ven mucho. Esa rareza, les facilitaría las cosas, pensó el policía.

En las antenas, aparecía la señal del teléfono de la chica hasta cerca de un barrio de casas bajas donde, ahí, se cortaba. Pudiera ser que el secuestrador hubiera llegado a su destino..., o que le quitaba el móvil y lo inutilizaba. Pero sí, sería un buen barrio para pasar desapercibido por lo solitario del mismo, y donde los vecinos llevan su vida, sin apenas contacto entre ellos. Como no quedan muchos coches como el que le pareció ver al camarero, habría también una fuente de información en las ITV, donde si fuera ése el coche que estaban buscando, habría tenido que pasar la revisión no hace mucho.

El trabajo era arduo, y debían de revisar todas las cámaras de seguridad del recorrido que hicieron, para localizarles en alguna de ellas, con las horas registradas en las antenas. La captura del hombre era importante, pero salvar a la chica, o a las chicas..., más.

A las siete de la mañana, según le había anunciado por la noche, levantó de nuevo la tapa del aljibe-zulo. De nuevo, una bocanada de aire sucio, llegó hasta él. *"Joder, tía..., qué mal hueles y mira cómo me tienes todo ..., qué cerda. Voy a tener que darte, lo primero, una duchita"*, le dijo con una cruel ironía.

Paula, levantó la vista hacia donde él estaba y le mandó una mirada suplicante, sin respuesta. Alberto vio que la pizza ni la había tocado, a pesar de estar al lado suyo, porque había caído sobre los excrementos que a la chica se le habían escapado de puro asustada, recordando cómo y cuántas veces la había violado antes de bajarla a su celda, al poco de llevarla hasta esa casa. Pero la botella, había rodado hasta chocar con la pared más alejada y se notaba por las marcas dejadas en toda esa porquería que en el suelo había, que ella intentó alcanzarla desesperadamente pero, con su mano izquierda esposada a la tubería, no había podido cogerla. Así que su mirada era de *"dame de beber..., por*

favor". Sólo le pedía eso.

"Así que... tienes sed..., ¿eh...? Espera, que te voy a dar una poca", y se alejó un poco de la boca del pozo, riéndose. Enseguida, llegó arrastrando una manguera, casi como la de los bomberos, la abrió, y un potente chorro de agua, lo dirigió contra la chica y contra el suelo. "¡Aprovecha a beber ahora que, luego, hasta después de la lección, no te tocará el desayuno...!", y se reía mientras aquél potente chorro, hacía saltar la porquería nueva y la vieja, adheridas al suelo. Y si no arrastraba también a Paula, hasta al sumidero que había en el centro del aljibe, era porque estaba encadenada.

El agua salía con mucha presión. Y fría, como si fuera de manantial pero, al menos, sí que pudo beber. Cuando cortó el chorro, Paula temblaba porque esta helada, su pelo revuelto y pegado a la cara; lloraba de miedo y de dolor por sus músculos golpeados por el chorro, y porque se había rendido ya, y sólo esperaba la muerte, como lo menos malo que le iba a pasar. Sabía que no había podido dormir en toda la noche pero, además de sentir el miedo a lo que el sádico aquél le pensaba hacer, sentía pena por su padres y por su hermano, por el sufrimiento que estaba segura estaban sintiendo pensando en dónde estaría ella. Y se sentía culpable del dolor de su familia, que estaba descubriendo que les quería mucho, pero a los que estaba necesitando de su amparo..., más.

Alberto, puso una escalera que bajaba hasta el fondo del aljibe, ahora ya que todo él se había vaciado y quedado... menos sucio, descendió por ella. Llevaba una fusta en la mano y se la mostró.

"Mira, Paulita...¿sabes que es, no...? Es una fusta. Es para las niñas malas como tú, si se quieren escapar durante la lección. Sólo deseo que la pruebes una vez, para que veas que no te va a convenir en ningún momento, lo de escaparte, ni intentar agredirme. Así que sólo te voy a golpear una vez, de prueba. Sin estar aún enfadado contigo... ¿vale?"

Ella, le miró aterrada viendo como levantaba la fusta en el aire y con toda su fuerza, se la incrustó en la carne de su espalda.

El grito de la chica fue, desgarrador. Y se revolvió en su atadura de hierro, porque en su vida había sentido un dolor tan salvaje como aquél. La piel abierta, dejó salir algo de sangre, mientras ella seguía gritando y retorciéndose del dolor. Alberto, la miró y no sentía nada más que un excitante placer del sufrimiento de Paula. Y esperó tranquilamente, todo el tiempo que ella necesitó para que cesaran sus gritos, pero no el dolor.

"Bueno..., ahora, niña, ya sabes qué se siente cuando te golpeo sin estar enojado contigo. No me hagas el enorme favor de enojarme, porque también me gusta tu carne sin que te la tenga que estropear para que te portes bien y hagas todo, TODO, lo que yo te pida. Aunque te pueda

parecer que algo de lo que te mande sea malo..., lo que te haré si me enfadas..., será mucho peor. Y sé lo que me digo. Alguna de las que te precedieron..., no lo entendieron a la primera, pobres. ¿Capisci...?"

Paula no le contestó. Él, con la punta de la fusta le levantó la cara, pero estaba desmayada. Necesitaría otro poco más de agua para despertarla, porque la hora de la clase, se les echaba encima.

"Hola, buenos días... ¿es el inspector Ochoa, no...?", dijo Luis, el padre de Paula que llamaba para interesarse por cómo iban las pesquisas para localizar a su hija.

"Ah..., sí, sí..., Sr. Vilella, soy Ochoa, sí. Imagino que llama para ver cómo llevamos el caso de su hija, supongo... Porque, Vds.... ¿no han sabido nada más de ella? Por si hubiera llamado y eso..., ya se sabe cómo son los adolescentes...", contestó el inspector.

"Sí, eso, quería saber si tenían alguna pista que nos dé un poco de esperanza, porque estamos destrozados. Mi mujer..., ni le cuento. Y no, no ha vuelto a llamar mi hija, no", le contestó abatido Luis.

"Pues yo..., creo que vamos por el buen camino. Esta vez, ese hombre se ha vuelto más descuidado, digo "se ha vuelto", porque le creemos el autor de otros secuestros similares que no hemos resuelto todavía, y ha ido dejando cabos sueltos que nos pueden conducir a él y a Paula. Se lo digo, porque es así, pero sólo así: tenemos esperanza en resolverlo y se la quiero transmitir a Vds. para que lo sepan. Pero..., y es muy importante..., como no sabemos qué relación pueda tener él con Vds., imagine que pudiera ser un compañero de trabajo de Vd., por poner un ejemplo, y que le llegara a sus oídos a través de Vd., en sus comentarios en el trabajo..., que tenemos pistas fiables. Pues igual arruinábamos la investigación si él se enterase. Así que lo que le pido es que esta información que le he dado, que no la comente con nadie. Oficialmente, sólo saben Vds. que estamos en ello, y nada más. Los malos, siempre se tienen que sentir confiados para que bajen la guardia ¿me comprende...?", acabó el policía.

"Lo comprendo y muchas gracias por esa esperanza que me da. Se lo diré a mi mujer, porque aún la necesita más que yo; y le advertiré que los demás no nos la tienen que notar. Un abrazo. Ojalá pronto me pueda avisar como que mi hija está bien y ese cabrón..., donde tiene que estar". Se despidió de Ochoa, y unas lágrimas se le embalsaron en los ojos, aferrado a esa esperanza.

"¡Inspector Ochoa..., le paso al teniente Vergara por la línea 7, que tiene que hablar con Vd., que dice que es urgente..., o importante. Le paso!", dijo uno de los policías de la brigada de Homicidios y Desaparecidos.

"¿Qué pasa, Vergara...?", le preguntó el capitán de la brigada.

"¡Lo tenemos, Ochoa, tenemos a ese hijoputa!", gritó eufórico el teniente.

"¿A quién..., al secuestrador de Paula Vilella...? ¿Ya le has detenido?", preguntó el jefe.

"No..., no..., todavía no. Estoy en el barrio donde se perdía la señal del teléfono de la chica... y me lo he recorrido para ver si veía el Renault Mégane aparcado en la calle, pero no, no había ninguno de ese modelo..., ni del resto de coches casi que tampoco, porque cada casa tiene su garaje. Así que antes indagar con los vecinos, casa por casa, me he dado vueltas por la parte de atrás de las casas y... ¡bingo!: en una de ellas, hay un cobertizo malo en el que está guardado ese Mégane, tan sucio y viejo como lo describió el camarero. Tiene que ser él, seguro, capitán. Es que toda la casa es un abandono. Se la ve ocupada, pero el..., o los dueños..., la tienen penosa. Es él, seguro. ¿Qué hago? No quiero que me vea merodeando por la casa y se desbarate su detención. Bueno..., si es que es él, realmente", acabó de decir para esperar instrucciones. El teniente, que era padre de una muchacha también de la edad de Paula, le tenía a ese secuestrador compulsivo, muchas ganas.

"Vergara..., quieto ahí y vigíleme esa casa, sin que se vaya nadie de ella, que enseguida llegaré yo con refuerzos y una orden judicial de registro de esa casa. Dame la dirección concreta, y los demás datos del propietario ya los buscamos aquí. Creo que ya le tenemos. Muy bien Vergara, buen trabajo..., confío. Por cierto, los que han rastreado las cámaras de vigilancia, han encontrado ya las imágenes del hombre y la chica dentro del coche, y es un Renault del modelo ése. Lástima que la matrícula no sale entera porque la tapan los coches que van delante. Sólo se leen la parte final de ella, 34-AB", le avanzó Ochoa.

"Entonces..., ya eres nuestro, Roberto. Sí, la matrícula es VA-0034-AB, y en las comprobaciones que he realizado desde mi tablet, está registrado a nombre de un tal Roberto Méndez Bailón, quien lo compró de segunda mano, hará como unos 5 años. La dirección que figura es la de la casa ésta que estoy controlando: calle del Progreso, 25. Tiene todo en regla, pasada la ITV, y el seguro a terceros, pagado. Bueno, todos sus datos, te los acabo de mandar hace nada, a tu correo, lo digo por la orden judicial, sobre todo. Por aquí, todo está muy tranquilo, pero estoy pensando en lo que estará pasando dentro de esa casa..., y a la chica", terminó el teniente sin dejar de pensar también en su hija.

"¿Desde dónde estás controlando la casa, Vergara?", le preguntó el capitán.

"Estoy dentro de mi coche y aparcado a una distancia prudencial para no levantar sospechas si me ve. Aunque desde donde estoy aparcado..., no puedo ver el cobertizo bajo el que está el Mégane. Convendría que me mandaras a alguien más, hasta que vengas con la orden de registro. No me fío de ese cabrón", le pidió a su jefe. Eran buenos amigos en la vida real, y dos eficaces profesionales, pero tenían una espinita clavada con el secuestrador en serie éste, y ahora presentían que se la iban a sacar, por fin. Esta vez, Robertito..., se había descuidado más que en los otros secuestros. Porque eran también suyos..., fijo.

"Tranquilo: si viera que lo del juez se me fuera a demorar, te mando a alguien; pero hoy está de guardia la Juez María Cano que en cuanto le diga de qué va el tema, va a dejar todo y me va a hacer la orden, como una bala. Le tiene muuuchas más ganas que nosotros, y ya es decir, al tío ése. Y si no se viene conmigo a por él..., ni mal ni bien", y se rieron los dos de la broma y de la suerte que tenían de que fuera esa Juez la que estuviera de guardia ese día. *"Estaremos en contacto para cualquier novedad. En nada, nos vemos, Vergui"*. Ochoa, le llamaba cariñosamente "Vergui", cuando estaba feliz. Y hoy, tenía motivos para estarlo.

Alberto, volvió a coger la manguera y la abrió de golpe, apuntando la boca hacia la chica. El agua fría golpeo el cuerpo de Paula que se despertó con un chillido cuando el chorro chocó contra la piel abierta por la fusta.

De nuevo, sus gritos de dolor y de solicitar clemencia, se mezclaron. Ella sabía que sólo estaba en la parta mala de esa pesadilla y que la muy mala, estaba a punto de llegarle pero sin comprender por qué. Todavía no podía entender que hubiera personas como Alberto, a las que no hacía falta hacerles nada malo u ofensivo, para que se comportaran de esa manera.

Cerró la manguera, volvió a bajar al foso con la fusta sujeta en la correa porque Paula ya estaba entregada y era sólo un ser indefenso que había asumido que lo cruel que le fuera a hacer, sería mucho mejor que lo muy cruel.

Ahora, él, le abrió con una llave la esposa que estaba abrazando la tubería aquélla. Ella, cayó al suelo, sin fuerzas, sintiendo el terror al futuro tan inmediato que presumía y lo miró con los ojos muy abiertos, buscando respuesta en la cara de éste, de lo que iba a sucederle a continuación. La

espalda, alrededor de la herida de la fusta, le ardía de dolor.

Él subió por la escalera y, una vez arriba, le ordenó que ella hiciera lo mismo. El brazo que había estado con las esposas, estaba inmovilizado, lo mismo que media parte de su espalda, así que con el otro brazo y acuciada por el miedo a contrariarle, sacó fuerzas para ascender. Ni lloraba, ni suplicaba, por la misma razón. En aquellos momentos, lo de sentirse vejada sexualmente era..., pecata minuta, con lo que ya contaba. Pero el dolor físico, al nivel de como lo había sentido al azotarla una sola vez..., era horrible. Y ahora, mientras iba ascendiendo paso a paso, sobre los peldaños que se le clavaban en sus pies desnudos, añoraba el calor, el amor, las caricias, las palabras en su casa, y hasta las broncas de su madre, sintiéndolo como un Paraíso irrecuperable que se le iba a acabar en medio del dolor, la inmundicia y la soledad.

Al llegar arriba, él le puso su mano para que se agarrara a ella, y pudiera pisar sobre el suelo del garaje. Ya no se daba ni cuenta de que estaba desnuda ante ese hombre. Ya nada le importaba, si no lo que le tenía preparado en las lecciones que decía le iba a dar. Y le vio sonreír con maldad. Ahora se daba cuenta que ésa era la sonrisa que veía "desde arriba", a partir del momento en que le vio por primera vez.

"¿Vas a ser buena y hacer todo lo que te mande? Ayer, te follé..., pero sólo fue en plan suave. No me gustó mucho eso de que ya no fueras virgen pero, hoy en día..., tampoco se le pueden pedir peras al olmo.

Hoy... vamos a empezar a disfrutar del sexo, con dolor. Dolor, para ti, quiero decir. A las chicas, os gusta así, de modo que yo, sólo voy a ser un mandado en este caso. Claro que..., aunque no te guste, no por eso se puede interrumpir una clase ¿no...? ¿Qué sería del mundo si ante la más pequeña adversidad, nos negáramos a avanzar?"

Paula, en medio de todo eso, buscaba no cometer ni un sólo error con él, que le "complicara" todavía más, las cosas. Así que no decía nada, no hablaba y sólo movía ligeramente la cabeza, con un sí inapreciable, por si el movimiento que el otro quería, fuera un no.

La cogió de la mano y la llevó hasta una mesa de ping-pong, llena de polvo, objetos inútiles e incompletos, y restos pegados a ella, un poco indefinibles. Con su brazo, en un movimiento rápido, los fue retirando, tirándolos al suelo. Ya, más o menos despejada la mesa, le dijo, mientras se sacaba la fusta del cinturón y la dejaba sobre el tablero a modo de advertencia:

"Ahora, fíjate, que es sencillo: te vas a tumbar en la mesa..., pones los brazos y las piernas, como formando una "X" y papi, te va a atar por los tobillos y las muñecas, a estas cuerdas que tengo para ti, y que son donde está el truco de este juego. Al principio, lo encontrarás un poco..."

aburrido. Lo bueno..., viene después. Hasta sexo tendremos, ya lo verás".

La visión de la fusta, le hizo obedecer sin pensar en qué le iba a pasar a continuación; pero, cualquier cosa, menos volver a sentirla contra su piel.

A duras penas, consiguió subirse a la mesa y ponerse echada de espaldas, sintiendo los pequeños objetos que se había quedado sobre la mesa, que ya eran otro suplicio. Colocó los brazos y las piernas como él le había ordenado y notó como le ataba una cuerdas, a los tobillos y las muñecas.

"¿A que no estás tan mal? A ver si, en el caso de que te deje marchar de mi casa, vas a ir diciendo luego por ahí, que me he portado muy mal contigo. Es que, las mentiras no las soporto..., y en tal caso, volvería a buscarte para castigarte por ello. Normal, ¿no...?"

Bueno, el juego este consiste en desandar la historia y regresar a la Edad Media, con sus castillos, sus príncipes y sus princesas. Todo muy bonito..., si no fuera porque también eran necesarios los verdugos, para doblegar la resistencia de los que se portaban mal. Por eso tenían que llevar la cara tapada. No es mi caso, como puedes ver. Yo soy un verdugo, moderno", y al decir esto, Paula empezó a gimotear pero sin rogar nada.

"Chissst..., chissst., chissst..., no, no, no..., Cariño..., todavía no, aún tengo que darle a este botón. Porque en esta casa, lo tengo todo automatizado. ¿Ves?, lo pulso un poco y mira qué hacen tus cuerdas, ¿las notas...?", y se rió al ver su reacción.

Un motor comenzó a tensar las cuerdas y ella, notó cómo brazos y piernas querían huir de su cuerpo. Y con un grito muy fuerte, sumida en el dolor de fuego en sus articulaciones, sólo llamó llorando: "*iiiMamaaaaá...!!!*".

Ahí, paró el motor. Ella no podía ni hablar, por lo que estaba sintiendo, ni girar la cabeza, ni pedir socorro..., nada. Hasta el respirar, aumentaba su sufrimiento.

"Bueno, Paulita, y ahora que has experimentado algo nuevo, papi te va a cubrir con su cuerpo y lo que gozaste con el sexo de ayer..., será una mierda, en comparación. Aquí vas a descubrir tu mayoría de edad", terminó de decir con su sonrisa de demente malvado.

Cuando ya se estaba comenzando a desvestir para subirse sobre la chica, sonó el timbre de la casa. Él, se quedó petrificado, porque no esperaba a nadie a esas horas. Se quedó en silencio, sin mover un solo músculo, y miraba hacia el techo cerciorándose de que era un error, y que la llamada no había existido. Pero de nuevo, volvió a sonar el timbre. Tenía que

actuar con rapidez y calma.

Cogió un trapo del suelo, hizo una bola con él y se llegó hasta la cara de Paula. Le obligó a abrir la boca, y le metió a presión la bola aquella. A continuación, cogió un trozo de cinta ancha de embalar, y se la pegó de mejilla a mejilla, para que la chica no pudiera escupir la bola y ponerse a gritar en ese momento tan delicado para él. Comprobó que los nudos de tobillos y muñecas estaba fuertes y las cuerdas que partían de ellas hasta las poleas, seguían totalmente tensas. Él pensó, que aún tenían bastante más recorrido que hacer, a lo largo del juego.

Alberto, tras subir, se miró al espejo, se estiró la ropa y se atusó el pelo. Sí, estaba bien y presentable. Carraspeó un poco y abrió la puerta.

"*Sí, buenos días..., ¿qué deseaban?*", les dijo a dos hombres que estaban frente a la puerta de entrada, vestidos de manera informal, sin distintivos de ningún tipo, como muchos que pasaban para que se cambiara de compañía del gas o de la electricidad.

"*Buenos días, ¿Roberto Méndez Bailón?*", y sin esperar su respuesta, sacaron sus placas de policía y un documento tamaño folio. "*Somos policías, y esto es un documento judicial que nos autoriza a hacer un registro de su casa. Esperamos de su colaboración y que no ponga resistencia que, en todo caso, es ilegal, de acuerdo con la orden que portamos. ¿Ha comprendido?*"

La cara de Roberto, perdió el color y se puso blanca. Casi no podía ni articular las palabras.

"*P... puedo saber a qué obedece la orden de registro...?*", que era no decir nada porque no sabía qué decir ante lo que acababa de comprender que ya era su fin, algo que ya tenía medio previsto que le pudiera pasar algún día pero, siempre, a muy largo plazo. Bueno, pues ya le había vencido ese plazo.

"*Creemos que tiene retenida contra su voluntad, a Paula Vilella Ramos, de 15 años. Y todas la pruebas que poseemos, nos indican que es así. ¿Permite?*", acabó el capitán Ochoa con ese falso permiso que le solicitaba, entrando dentro de la casa, seguido del teniente Vergara. "*Como sospechoso que es, encontremos algo o no, en la casa, va a permanecer esposado en calidad de detenido, mientras vamos echando un vistazo a todas las dependencias. ¿Tiene puerta de acceso desde la vivienda, al garaje?*"

Roberto, temblándole las piernas, se sentó en una silla próxima, y sólo dijo:

"Ella está abajo y, sí, se llama Paula", y se echó a llorar.

"¡Maldito cabrón hijoputa...!!", le dijo Vergara agarrándolo por la ropa a la altura del pecho. "¡Te voy a...!!". Se contuvo, cuando vio que Ochoa abrió una de las puertas que daban a la antesala y al ver unas escaleras, se precipitó por ellas, a toda prisa. Nada más ver el panorama que tenía ante sí, volvió a subir las escaleras y le gritó a su compañero: "¡Llama rápido a una ambulancia, que esta chica está muy jodida. Y avisa a los del otro coche que entren y que vengan también los de la Científica. Que avisen a los padres que ya la hemos encontrado, y que les digan que está bien, pero que la llevamos a urgencias del Hospital Fleming, para que le hagan un chequeo rutinario. Rápido, Vergara. Esposa a ese hijoputa a un radiador y baja a echarme una mano, con ella". Y pensando en lo irónico de lo de "chequeo rutinario", salió lanzado escaleras abajo.

Rápidamente, despegó la cinta de embalar de la cara de la chica y le sacó la bola de tela, y sin hacer caso de lo que la muchacha le decía buscó algo para cortar las cuerdas que se habían quedado tensando sus articulaciones. Encontró un cuchillo viejo pero afilado y, procurando no tensar más cada cuerda al intentar cortarlas, partió la primera. Un dolor agudo le hizo chillar a Paula, al recuperar parcialmente la forma de la articulación y, Ochoa, le dijo, mientras seguía con la del otro brazo:

"Tranquila, Paula, somos de la Policía. Roberto, ya está detenido y no volverá a hacerte más daño". Al cortar la segunda cuerda, otro latigazo de dolor volvió a sentir la chica en su axila. Ahora, bajaba a ayudarle Vergara y, aunque le había tocado ver muchas cosas en su vida como policía, lo del garaje aquél, superaba a todo lo vivido.

"Toma, Vergui, córtale las cuerdas de los tobillos. Con cuidado, que tiene muy tensadas las articulaciones de las caderas aunque le haya soltado éstas. Qué cabrón..., qué cabrón, lo que le ha hecho a esta chica...". Ahora, se dirigía a ella que estaba casi inconsciente. "Venga, Cariño, que ya queda poco. Te llevamos al hospital y tus padres, acudirán allí. Se ha acabado esta pesadilla, Cariño".

"Capitán, que los de la ambulancia ya están aquí. La puerta del garaje, dice el cabrón ése que está atrancada desde hace mucho tiempo y no se puede abrir. La van a subir por la escalera, con una camilla, en cuanto Vds. nos digan", dijo uno de los policías que habían entrado en la casa y que custodiaban a Roberto, interrogándole sobre lo que había pasado también con las otras chicas.

El médico forense bajó a darle un primer vistazo. "Vale, se le puede movilizar. Tiene heridas por la piel, desgarros no muy severos en genitales, ano y, esperemos, que no irreversibles en las articulaciones. Creo que recuperará la movilidad de brazos y piernas, cuando todo vuelva a su ser. Que se la lleven y la tengan sedada. Tiene un shock muy grande

por el sufrimiento físico y moral que ha padecido en estos dos días. Menos mal que sólo han sido dos días. Es difícil comprender qué hay en la cabeza de esas personas".

Con sumo cuidado, le subieron por la escalera y le llevaron al hospital. La casa, se llenó de agentes que la recorrían palmo a palmo, mientras Roberto se quedó sentado en una silla, esposado, con la cabeza baja y sollozando: "*Yo no quería..., yo no quería...*"

Ahora, Paula estaba en su cama del hospital, separada de sus padres por un mampara de cristal, por lo que se podían ver, pero no tocar. Ella, postrada, con una sonrisa aún triste, les saludaba moviendo un poco una de sus manos, mientras Lola, su madre, sollozando al verla así, le devolvía besos con los dedos de su mano derecha. La incertidumbre por la suerte de su hija, ya se había acabado y sólo era cuestión de tiempo, unos días, en que ella se recuperara de sus heridas físicas, les decía el médico que le controlaba. Las secuelas psicológicas ante una experiencia así, pues ya..., dependía de cada persona. El psicólogo, también presente, les hablaba de que las personas que habían pasado por centros de detención y tortura, en dictaduras, pues que acababan recuperándose. Pero su tono, no parecía muy convincente ¿Era menos traumática una experiencia así, cuando aún estás madurando psicológicamente, como en el caso de una adolescente? Dependía..., según cada persona, les dijo.

Luis, el padre, pensaba que, dentro de lo malo..., qué triste para los padres de las otras muchachas que encontraron, al final, enterrados sus restos en el jardín y la muerte que el hombre ése les dio. Quedarse sin sus hijas e imaginar su sufrimiento hasta morir..., no era comparable a tenerla al menos, junto a ellos.

Mañana, precisamente, tenía que ir Lola y él, al funeral por las tres chicas, que se celebraría en la catedral. En algún aspecto, por fin, los padres descansaban de tantas dudas sobre dónde estarían sus hijas pero, la certeza de cómo habían muerto..., tampoco ayudaba mucho.

Mientras, Ochoa y Vergara, estaban en la cafetería frente a la Central de la Policía, tomando una cerveza y, Vergara, le decía a su amigo y jefe:

"Me estoy acordando de lo que nos decía la abogada de Roberto, mientras le interrogábamos el otro día: "Señores, mi cliente tiene sus derechos y se siente muy presionado...". Sus derechos..., qué cabrón". Ochoa, miró a su compañero, se encogió de hombros y apuró el vaso de cerveza.

FIN